

## Los clubes de lectura desde el punto de vista de una usuaria

Belén GALINDO LIZALDRE

**G**uardo una imagen clara y agradable de la primera vez que estuve en la Biblioteca de Barañáin. Reconozco ser una de esas personas que valora las primeras impresiones y la energía que transmiten los lugares. Y curiosamente esto que os cuento tiene mucho que ver con el piso donde vivo. Hablo de unos siete años atrás. Me acuerdo porque también suelo ser receptiva a esos momentos, aparentemente anodinos —cuántos pisos visitamos cuando estamos a punto de cambiar de domicilio...— quizá porque, a la larga, esas cuestiones deciden los próximos años de nuestras vidas. Mi domicilio podría hoy estar situado en Mendillorri, en Artica, en Zizur o en el centro de Pamplona. Pero vivo en Barañáin. Cuestión de azar. Y ¿qué fue lo que nos conquistó? Mucha luz, buena organización del espacio, un parque inmenso con lago al cruzar la calle y... una casa de cultura con biblioteca al final de la avenida. La verdad es que me hizo mucha ilusión. Siempre había pensado que era un lujo tener tan cerca un mundo de libros y de actividad cultural. No es por menospreciar, pero os aseguro que me habría agradado bastante menos tener al lado un centro comercial o una zona de bares.

### Un grupo de lectura en la Biblioteca de Barañáin

**63**

Os cuento todo esto, porque antes de llegar al viaje a Barcelona, quiero hablar de los grupos de lectura y para eso, tengo que recordar que una de las primeras cosas que hicimos, nada más trasladarnos a Barañáin, fue visitar la biblioteca. No es un tópico decir que nos causó una impresión muy buena. Estimulante. Yo conocía bastante bien varias bibliotecas de Pamplona, comarca y otros puntos de Navarra, pero en ninguna había sentido la energía que me transmitió la de Barañáin nada más entrar. Seguro que Jesús Arana me dice que exagero, pero es la pura verdad. Había mucha gente, niños y mayores ojeando y consultando libros, mucho ejemplar expuesto. Se observaba movimiento, vida y una gente agradable al otro lado del mostrador..., allí mismo creo que habían colocado a la vista del público unos paneles sobre unos talleres de lectura que estaban a punto de echar a andar. Esa misma tarde, no lo pensamos dos veces y nos apuntamos a aquella actividad prometedor, pero aún incierta. Nos llamaron de la biblioteca a las pocas semanas para informarnos de que los grupos de lectura comenzarían el mes siguiente.

Supongo que para que una actividad de este tipo funcione hay que tener en cuenta muchos factores. En el caso de Barañáin se observaba un grupo heterogéneo pero con una importante capacidad lectora y buenas dosis de curiosidad. No es una novedad constatar que desde el principio hemos sido más mujeres que hombres. Y por añadir un dato sobre la edad, podría decir que el abanico va desde los treinta y pocos a los setenta o más. En estos años, ha habido mucho consenso espontáneo. Es decir, teniendo en cuenta que hemos leído de todo, ni con

los libros más áridos o complejos ha habido apenas opinión discordante sobre si ésas eran o no las lecturas que esperábamos encontrar. Probablemente este mérito habrá que achacárselo a las personas que han estado coordinando los grupos y las lecturas.

Otra cualidad: el respeto. Como es lógico, en el grupo hay gente de todo tipo. Con tendencias políticas de distintos colores, con vínculos culturales variados, formación y profesiones diferentes. Y, sin embargo, todo el mundo ha escuchado y ha respetado a los demás en cada momento, aun en aquellos días en que la lectura ponía contra las cuerdas a unos y a otros, en enfrentamientos dialécticos o ideológicos.

Creo que también ha sido fundamental en todo este tiempo la capacidad de empatía que se ha desarrollado en el grupo. Cuando llevas años compartiendo libros y puntos de vista con un grupo de personas, terminas conociéndolas bastante bien. Yo al menos siento que somos ya como una pequeña familia lectora. Además, en estos años, ha habido muchas otras actividades que han ido enriqueciendo las tertulias y nos han ido acercando: conferencias, películas, cenas con escritores... Todo ha tenido que ver a la hora de consolidar el grupo de lectura que lejos de ir a menos, va a más como sabéis. En los últimos años hemos asistido a la ampliación de horarios y grupos no sólo en Barañáin sino también en otras bibliotecas que han observado cómo crecía la aceptación de esta actividad.

En nuestro caso, el grupo va dando frutos intelectuales y lúdicos curso tras curso. Me atrevo a decir que, para la mayoría de los integrantes, el auténtico disfrute se da en cada reunión, cuando acudimos cada cual con su bagaje lector, con la lectura que hemos hecho de un mismo libro y que dará para variadas interpretaciones. Es el momento previo a una especie de danza dialéctica, de corte intelectual y lector, que cada día bailamos con más entusiasmo y deleite. No obstante, si hablo de los frutos de la actividad, quizá el más llamativo este último año ha sido el asunto que hoy me lleva a estar aquí contándoos todo esto: el viaje a Barcelona.

## 64

### Destino de viaje fin de curso: Barcelona

La propuesta no se improvisó. No fue una decisión de última hora ni de las reuniones de fin de trimestre. De hecho, se planteó como posibilidad y como norte de algunas de las lecturas en la primera sesión del curso. No sabíamos si llegaríamos a viajar hasta allí, pero Barcelona iba a estar presente a lo largo del año en muchos de los libros que íbamos a tratar. Entre los libros seleccionados, leímos algunas novelas de Eduardo Mendoza: *La ciudad de los prodigios*, *La verdad sobre el caso Savolta* y *Mauricio y las elecciones primarias*. *Espejo roto*, de Mercé Rodoreda y *Extraña forma de vida* de Enrique Vila-Matas. *Homenaje a Cataluña*, de George Orwell y *Últimas tardes con Teresa*, de Juan Marsé.

Con este buen puñado de libros sobre la ciudad condal, no hizo falta incluir mucho más en la mochila para embarcarnos en el autobús que nos llevaría de viaje. El viernes 9 de junio a las tres de la tarde más de uno perdió unos cuantos años de camino al lugar desde donde partiría la excursión, la casa de cultura. Viéndonos de lejos, aquello tenía cierto aire de fiesta fin de curso escolar, incluso de escapada de amigos.



## Tertulias, visitas y amigos con acento catalán

No nos lo montamos nada mal. Nada más llegar a Barcelona, los integrantes de los clubes de lectura de la Biblioteca Juan Marsé nos recibieron en un local acogedor, *El Gat Blau*, que habían reservado para nosotros. Tomamos unos cuantos canapés y entre pincho y pincho, una buena ración de recomendaciones literarias. Es lo que tiene eso de reunirse con gente con la que compartes gustos y placeres. Lo que más les llamaba la atención a los integrantes de los grupos catalanes era nuestro entusiasmo. Decían que no esperaban más de una veintena y allí estábamos un autobús lleno, esgrimiendo pregunta tras pregunta sobre el funcionamiento de los grupos de lectura en Barcelona e intercambiando opiniones sobre libros e itinerarios para el día siguiente.

65

Casi sin darnos cuenta, nos dieron más de las diez, las once, las doce y la una y hasta las dos —que diría Sabina— en el hall del hotel, ya después de cenar. Bastante más distendidos que en la biblioteca y con un *gin tonic* en la mano, tenía encanto encontrarnos en un lugar poco habitual con toda esa gente amiga con la que casi siempre nos veíamos las caras en la biblioteca. Pero como el hábito no hace al monje, ya podíamos estar en *El Gat Blau*, en la casa de cultura de Barañáin o en el hall de aquel hotel lleno de preciosas acuarelas marinas colgando de sus paredes, que seguimos incansables con la literatura en la boca.

La mañana del sábado estuvo dedicada a recorrer distintas calles del barrio de Poble Sec en lo que fue una aproximación a la Barcelona de 1936 y que se llevó a cabo con la colaboración del Consorcio de Bibliotecas de Barcelona, las explicaciones de Carmen Chicón y Rosa Torroja y la actuación de la actriz Mónica Aybar. Esta última consiguió que, por momentos, los integrantes del grupo nos trasladáramos en el tiempo. A lo largo de la ruta por el Poble Sec se convirtió en una anciana transmisora de la memoria colectiva de la guerra civil en el barrio. Lo mismo fue camarera en una antigua cafetería conservada al estilo de los años 30. Se transformó en Francisco Boix, el fotógrafo catalán que retrató los horrores del holocausto nazi. Y por último nos deleitó con una actuación al más puro estilo *vedette* en un histórico cabaret del Paralelo, donde culminó la visita.

## La Biblioteca Juan Marsé: joya cultural del barrio del Carmel

A la hora de comer, la mayoría compartimos *pa amb tomaca* y caña en la Plaza de Cataluña y, por la tarde, aunque hubo varias opciones, un numeroso grupo apostamos por visitar la Biblioteca Juan Marsé. Nos habían dicho que era bonita, que merecía la pena la visita y el desplazamiento por empinadas calles hasta lo alto del barrio del Carmel. Y la biblioteca es verdaderamente hermosa. La vista que ofrece del barrio y de buena parte de la ciudad, magnífica. Con una terraza enorme y una distribución en tres pisos y sótano con auditorio que hacía soñar a cualquiera de los que estábamos allí con tener cerca aquella infraestructura o, en el caso de los bibliotecarios —me atrevo a decir— a trabajar en ella. No trabajo en una biblioteca y la verdad es que no tomé notas como para hacerlos una descripción exhaustiva del lugar, pero me quedé con algún detalle. Me gustó especialmente la distribución en áreas, el confort que se respiraba en cada rincón. Había algo de hogareño en aquella biblioteca —reflejado en una combinación de cálida madera y nuevos materiales— al tiempo que se veía claramente que se había construido con vocación de ser un centro moderno y de referencia. Me llamó la atención el área dedicada a la creatividad que permitía realizar trabajos manuales a los más pequeños. Y también, en aras de fomentar los espacios compartidos entre padres e hijos, se habían colocado todos los libros y revistas sobre educación y temas de familia junto a la zona de biblioteca infantil. Había pequeños detalles que permitían deducir que aquella biblioteca se había pensado bien. De hecho, según nos contaron allí mismo, el arquitecto que la diseñó se dedicó durante un tiempo a entrevistarse con bibliotecarios para dar con la distribución espacial apropiada. Y ciertamente, como lectora y usuaria de bibliotecas, creo que lo ha conseguido.

# 66

Después de la visita a la Biblioteca Juan Marsé, recorrimos un pequeño tramo del Parque Güell y paseando aparecimos, casi sin buscarlo, frente a la cafetería *Delicias*. Lugar de encuentro en la novela *Últimas tardes con Teresa*, a más de uno le llamó la atención a aquellas horas de la tarde, no tanto por su presencia en sí, como por la tabla de entremeses y tapas que lucía llamativa en la fachada exterior.

Llegó la hora de la cena y antes, la tertulia que habíamos acordado compartir con la escritora Gemma Lienas sobre su libro *El final del juego* en el restaurante *La Fondue de Gracia*. La autora nos habló de su obra y de su particular proceso de creación literaria y posteriormente la charla se prolongó y se extendió a otros temas tras la cena. No sé de qué hablarían los demás, cada uno en su ángulo de la mesa, pero yo me vi envuelta —aún no sé bien cómo— en un acalorado debate sobre la legalización de la prostitución al hilo de uno de los libros de Gemma Lienas (*Quiero ser puta*) que salió a relucir después de la ensalada y el rape.

La mañana del domingo se dedicó a realizar un itinerario literario por los escenarios de las novelas de Mercé Rodoreda por el centro de Barcelona en compañía de la directora de la Biblioteca Juan Marsé. Y un pequeño grupo también nos acercamos hasta uno de los mercados de libros antiguos y de ocasión más interesantes de la Ciudad Condal, guiados por Ricardo Pita, que sobre libros y mercados literarios es un auténtico experto.

El fin de semana pasó volando. Llegamos el viernes de la mano de la lluvia y nos marchamos el domingo después de comer con un calor justiciero, bajo el sol de junio que ayudó a que la siesta fuese una apuesta segura durante buena parte del trayecto de regreso.

La anécdota de la vuelta la puso el autobús. A poco más de media hora para llegar a casa, cumpliendo un rigor casi británico en los horarios previstos, el autobús se averió en plena autopista. Así que, sin aire acondicionado y con todo el cansancio acumulado en la mochila, echamos mano de la paciencia hasta que consiguieron subsanar la avería eléctrica que nos había dejado varados en una gasolinera. Escenario bastante literario, por cierto...

Estos días de comienzo de curso y de otoño, hemos revisitado los escenarios del viaje porque comenzamos las reuniones del grupo de lectura con el pase de un montaje que hicimos con todas las fotos de la excursión. Y de alguna manera, como pasa siempre, ha sido como volver allí. Lo pasamos bien, pero por encima de todo, esa Barcelona literaria que descubrimos el pasado mes de junio nos ha dejado huella, como la que imprimen tantos de esos libros que leemos y seguiremos leyendo juntos. Esos días de viaje constituyen unas cuantas páginas de nuestra vida compartidas con un grupo de buenos amigos.

